

**LUDWIG RENN**

# **LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

**Crónica de un escritor en las Brigadas Internacionales**

Prólogo de Fernando Castillo  
Traducción de Natalia Pérez-Galdós



fórcola

# LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Ludwig Renn

## LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Crónica de un escritor en las Brigadas Internacionales

Prólogo de Fernando Castillo

Traducción de Natalia Pérez-Galdós

Revisión y apéndice de Ramón Montero Fernández

fórcola

SIGLO XX

## Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Tanquista republicano del Ejército del Centro. Colección  
AGA

Título original: *Der Spanische Krieg*

© Ludwig Renn, Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín, 2013

© De la traducción y notas, Natalia Pérez-Galdós, 2016

© Del prólogo, Fernando Castillo Cáceres, 2016

© De la introducción, Günther Drommer, Das Neue Berlin  
Verlagsgesellschaft mbH, Berlin, 2006

© Del apéndice, Ramón Montero Fernández, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-4766-2016

ISBN: 978-84-17425-00-5

## PRÓLOGO

El oficial armado con un lápiz  
*Fernando Castillo*

En pocos escritores como en Ludwig Renn la guerra ha sido un acontecimiento biográfico tan determinante, tanto que su literatura no existiría sin la Primera Guerra Mundial ni sin la Guerra Civil Española. Sin su participación en el conflicto mundial, el aristócrata sajón Arnold Friedrich Vieth von Golssenau, nacido en 1889 en la culta y barroca ciudad de Dresde, no se hubiera convertido en escritor ni hubiera alcanzado la consideración de autor comprometido y antifascista entre los sectores más progresistas de la época. Con la publicación en 1929 de *Guerra. Diario de un soldado alemán*<sup>1</sup>, un relato de indudables tintes autobiográficos que recoge su experiencia durante la Gran Guerra, Vieth von Golssenau —quien, como decíamos en el prólogo a esa obra, tenía nombre de capitán de lansquenetes o de caballero de grabado de Durero— se convierte ya definitivamente en Ludwig Renn, el pseudónimo con el que firmó un libro de gran éxito en la época.

Arnold Vieth von Golssenau combatió como oficial en el frente del Oeste desde 1914, primero como teniente y luego como capitán, en un regimiento de infantería de Sajonia en el que había ingresado en 1910 y en el que acabó dirigiendo un batallón al final de la guerra. En 1918, tras la abdicación del káiser y la proclamación de la República de Weimar, se integró en la Policía de Dresde, un puesto tan administrativo como cercano a los *Freikorps*, las bandas de militares que entonces vagaban por Alemania enfrentándose con grupos revolucionarios. Con ocasión del llamado *putsch* de Kapp en 1920, dirigido por este político conservador y apoyado por el general Lüttwitz, Renn, que todavía era Vieth von Golssenau, se negó a disparar contra los manifestantes, en su mayoría comunistas y socialistas, contrarios al golpe de extrema derecha que se había producido en Berlín. Tras este incidente, abandonó el ejército y comenzó tanto su carrera literaria como su aproximación a sectores políticos de izquierdas, que acabaría con su ingreso en el Partido Comunista. Una trayectoria semejante a la de tantos desencantados surgidos de las trincheras como el propio Adolf Hitler, que acabaron en los difíciles días de Weimar en las filas de las dos opciones totalitarias que iban a marcar el siglo.

En el momento de la aparición de *Guerra*, Ludwig Renn aún no se había convertido en el escritor plenamente comprometido de un año más tarde, cuando escribe una segunda parte de esta obra, ya más explícita, titulada *Postguerra* (*Nachkrieg*, 1930). Una novela de cariz semejante que al año siguiente fue traducida al español y publicada por la editorial Zeus, fundada por Graco Marsá, quien al mismo tiempo participaba en la sublevación de Jaca, contra Alfonso XIII, que luego contaría en una obra a la que el artista aragonés Santiago Pelegrín hizo una magnífica cubierta. Es *Postguerra* un relato ya abiertamente crítico con la situación en que se encontraban los veteranos de guerra tras el armisticio y con la sociedad de la Alemania de Weimar que George Grosz, Otto Dix y Max Beckmann habían diseccionado en sus pinturas, dibujos y grabados y que escritores como Alfred Döblin habían descrito en sus obras. Un texto de características semejantes a *Guerra*, menos autobiográfico pero igualmente testimonial. Es entonces, en los albores de los años treinta, cuando Vieth von Golssenau se convierte definitivamente en Ludwig Renn al adoptar el nombre del autor de *Guerra*, con el que también había firmado *Postguerra*, culminando el suicidio de clase que recomendaba Lenin y reconociendo públicamente su compromiso político, que no tardaría en convertirse en militancia comunista.

La década de los treinta fue un tanto agitada para el antiguo militar, ya convertido en escritor consagrado. Su compromiso con el Partido Comunista Alemán, el DKP que dirigía el mítico Ernst Thälmann desde 1929, le llevó a puestos de responsabilidad en la Alianza de Escritores Proletario-Revolucionarios (*Bund proletarisch revolutionärer Schriftsteller*), fundada por Johannes R. Becher, así como a colaborar en *Die Rote Fahne* (*La bandera roja*), el órgano del partido y en la revista literaria proletaria *Die Linskurve*, en la que ejerció de secretario. También se aprovechó su formación profesional y su experiencia militar para el adiestramiento de los grupos de choque del *Roter Frontkämpferbund*, la poderosa organización paramilitar del DKP, pues en la Alemania de entreguerras los enfrentamientos entre partidos que tenían unas milicias tan numerosas como activas —desde los SA o SS nacionalsocialistas y *Stahlhelm* a socialistas y comunistas— tuvieron un cariz más próximo a lo bélico que a los disturbios callejeros. En Renn como en tantos otros, la inclinación hacia lo popular es consecuencia de la camaradería militar compartida durante los días de la Primera Guerra Mundial que volverá a encontrarse en los luchadores del *Roter Front*<sup>2</sup>.

Renn, autor de éxito y de creciente prestigio entre los comunistas, participó en reuniones de escritores revolucionarios miembros de la Alianza de Escritores Proletario-Revolucionarios (AEPRA), que fue proclamada en el congreso celebrado en Jarkov en 1930 la sección más

importante de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios<sup>3</sup>, la organización impulsada por la Komintern y creada ese mismo año. A este organismo, cuya sede estaba en la Unión Soviética, se lo puede considerar la Internacional de la literatura comunista, a la que rápidamente se adhirió, entre otros países, una sección española a la que pertenecían, por citar a los más destacados, Antonio Espina, el escritor que se enfrentó con Ramiro Ledesma en la tertulia del café de Pombo; Ricardo Baroja, el hermano de Pío, que atravesaba momentos de radicalismo que no duraron mucho y que le costaron un ojo; o los comunistas Joaquín Arderús y el más coyuntural Felipe Fernández Armesto, quien, tras teorizar acerca del arte y la cultura proletaria<sup>4</sup>, se convertiría a finales de la década en el periodista conservador y abecedario Augusto Assía. La consideración destacada que tenía la AEPRA y sus estrechas relaciones con la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios incrementaron la dependencia de los autores germanos de los criterios del realismo socialista y su distancia de la experimentación vanguardista, ahogada por Stalin, y del individualismo burgués.

Durante estos años, Ludwig Renn realizó el iniciático viaje a la Unión Soviética que llevaban a cabo todos los fascinados por la revolución, que luego repetiría tanto formando parte de las delegaciones de la Alianza como de manera individual. Como tantos otros, dejó el testimonio de sus estancias en la Unión Soviética en su *Russlandfahrten (Viajes a Rusia, 1932)*, naturalmente con un criterio muy diferente de aquellos otros relatos de viajeros desengañados que, como el de André Gide, iban más allá de la propaganda y mostraban la versión totalitaria del paraíso soviético. No fue éste el caso de Renn, quien siempre se mantuvo en la más pura ortodoxia comunista.

Miembro del Partido Comunista Alemán, el que estaba más próximo a Moscú, Ludwig Renn se convirtió en un escritor de la Komintern en el momento en el que el estalinismo se afianzaba y se confirmaba la línea de socialismo en un solo país, renunciando a exportar la revolución incluso a Alemania, y se optaba por la táctica de agrupar a la izquierda bajo la dirección única del Partido. Esta línea política impuesta por la Internacional suponía considerar como enemigo principal a los socialistas, los llamados «socialtraidores» en el argot stalinista, y a los partidos burgueses, lo que supuso un rotundo fracaso que fragmentó el bloque de las izquierdas en un momento de auge de las opciones autoritarias en todo el mundo. Fue precisamente en Alemania, cuyo Partido Comunista, la joya de la corona de la Komintern, era una fuerza política considerable, donde se reveló trágicamente el fracaso de esta política, al favorecer, entre otras razones por la crisis económica, el ascenso del Partido Nacionalsocialista y la llegada de Hitler a la Cancillería. En sólo

unos meses, comunistas y socialistas vieron la supresión de sus partidos y, más tarde, cómo coincidían en los primeros campos de concentración para presos políticos en Oranienburg o Dachau. La mayoría no pudo ver el final de la guerra.

La llegada de los nazis al poder no tardó en llevar a la cárcel a Ludwig Renn, personaje conocido por su militancia comunista y su actividad periodística y literaria poco afín al nuevo régimen. Así, a raíz de la oleada represiva desatada tras el incendio del Reichstag, el escritor y militar fue detenido en 1933. En la Dirección de la Policía tuvo ocasión de verle César González-Ruano, invitado por Hermann Göring junto con otros periodistas para comprobar que Ernst Thälmann no había sido fusilado por los nazis, lo que sucedería once años más tarde. Una ocasión que aprovecharon para mostrar a otros presos comunistas, entre los que se encontraba Ludwig Renn, lo que da idea de su protagonismo y consideración. Así describe González-Ruano la escena en su libro *Seis meses con los «nazis». Una revolución nacional*:

«Volvemos al despacho del jefe de Policía. Aquí nos han traído a Torgler, a Ludwig Renn y a Carlos von Ossietzky. Este último toma la palabra para decirnos que no les entregan regularmente la correspondencia; es el director de la revista de izquierdas *Weltbühne*. Ludwig Renn, novelista y escritor de la extrema izquierda intelectual, se limpia las gafas de miope y formula otras protestas mínimas»<sup>5</sup>.

Tras un año y medio en la cárcel —donde, según dice en *La Guerra Civil Española*, el propio Alfred Rosenberg intentó reclutarle para el nacionalsocialismo—, fue puesto en libertad, al contrario que Thälmann. Pasados unos meses, cuando la inseguridad de su situación en Alemania era evidente a pesar de sus orígenes aristocráticos, de su condición de militar de carrera y de su reputación literaria, en la primavera de 1936 huye a Suiza. Allí conoció las noticias del comienzo de la guerra de España, a donde consiguió llegar como un voluntario más, al igual que otros antifascistas en el exilio. Lo que hace singular a Renn es su condición de militar profesional, de comunista y de escritor, pues fue uno de los personajes más representativos de esos a los que Mijaíl Koltsov llamó «voluntarios con gafas», título de un libro de Niall Binns<sup>6</sup> dedicado a este grupo. Y es que Renn fue uno de los más comprometidos de entre los escritores alemanes comunistas exiliados a causa del nazismo que acudieron a España, donde la guerra contra el fascismo aunaba romanticismo y compromiso político, una combinación de indudable contenido literario que convertía a los Gustav Regler, Bodo Uhse, Willi Bredel, Erich Weinert y Ludwig Renn en una suerte de émulos de Lord Byron pasados por la Komintern.



No se limitó Renn a las actividades literarias y de propaganda a las que se dedicaban la mayoría de los escritores que vinieron a España, combinadas con unas reminiscencias románticas inevitables a la hora de contemplar todo lo ibérico. Por el contrario, el autor alemán fue uno de los pocos que estuvo en primera línea de fuego, como en los días de la Gran Guerra, al igual que otros veteranos del conflicto tales como Gustav Regler, comisario político de la XII Brigada Internacional, cuyas relaciones con Renn no acabaron muy bien; o Matei Zalka, el escritor húngaro y miembro de la Komintern, de verdadero nombre Béla Frankl, que con el nombre de Lukács, otro giro de personalidad común en la época, primero dirigió la XII B. I. y luego una división, y que murió en extrañas circunstancias en el frente de Huesca en 1937. Otros escritores que también combatieron en España, aunque sin la experiencia de las trincheras de Francia, fueron el inglés Ralph Fox, quien cayó en diciembre de 1936 en la Batalla de Lopera, a la vista de Córdoba, formando parte de la XIV B. I.; el holandés Jef Last, quien acabó distanciándose del comunismo tras haber formado parte de las Brigadas Internacionales; y el escritor cubano Pablo de la Torriente Brau, comisario político en la brigada de «El Campesino» y muerto en la Batalla de la Carretera de la Coruña en diciembre de 1936, a quien su compañero Miguel Hernández dedicó un poema titulado «Elegía segunda».

Todos ellos eran fieles comunistas, al contrario que Simone Weil, la joven y brillante filósofa y escritora francesa, modelo de pacifista y obrerista, que se incorporó a la Columna Durruti; o George Orwell, el británico de simpatías primero trotskistas y luego libertarias, que se alistó como voluntario en Barcelona en la columna «Carlos Marx», perteneciente al POUM, el partido de Andreu Nin que acabó desmantelado trágicamente en mayo de 1937 a instancias de Stalin. En estos acontecimientos participó Orwell, quien también estuvo en el frente de Aragón, concretamente en el sector de Huesca, donde además de resultar herido como la propia Weil, pudo comprobar la camaradería y el arrojo de las milicias populares, pero también su desorganización, su falta de medios y el carácter totalitario del estalinismo.

El 6 de octubre de 1936, Ludwig Renn llega a una Barcelona anarcosindicalista cuando el entusiasmo revolucionario de los primeros momentos, tras la derrota de la sublevación, ha chocado con la resistencia de los sublevados fuera de Cataluña. Las columnas confederales y del PSUC que tenían como objetivo la conquista de Zaragoza y de Huesca se habían quedado en las orillas del Ebro o en los arrabales de la capital aragonesa, de donde no se moverían hasta 1938, y entonces lo harían en un dramático viaje de vuelta. El de Aragón se había convertido ya en uno de los llamados frentes secundarios, una línea estabilizada

donde la guerra parecía no existir. Desde un primer momento, incluso antes de llegar a la España republicana, Ludwig Renn despliega el usual argumentario estalinista contra los anarquistas y los trotskistas, que se convertirá en doctrina oficial del comunismo ortodoxo a la hora de aproximarse a la realidad española. Una versión que mantendrá en 1956, más allá de la condena del estalinismo, cuando aparece *La Guerra Civil Española*, como si no hubiera pasado el tiempo. Renn sólo veía en la CNT-FAI desorden, indisciplina e individualismo, cuando no, como en el caso de los trotskistas del POUM, la abierta traición y la colaboración con el enemigo. Una visión a la que llegó a España predispuesto.

En la capital catalana pronto entró en contacto con los comunistas locales, miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña, el PSUC, cuyo cuartel general estaba instalado en el incautado Hotel Colón, situado en la plaza de Cataluña, en cuya fachada campeaban, junto al nombre del partido en enormes caracteres, dos grandes retratos de Stalin y Lenin, equivalentes en Barcelona a los que en Madrid iban a colocarse en la Puerta de Alcalá. En este lugar Renn coincide con Hans Beimler, el diputado comunista y miembro del comité central del DKP, que había organizado la Centuria «Thälmann» con voluntarios alemanes. Esta unidad era un antecedente de las Brigadas Internacionales junto con la Centuria «Gastone Sozzi», formada por voluntarios italianos, o la Dombrowski, integrada por polacos y húngaros, que entonces estaban desplegadas en el frente de Aragón. El relato de Renn no deja claro si conocía a Beimler antes de coincidir con él en Barcelona, aunque sugiere que se habían visto en Zúrich con anterioridad y es difícil pensar que no conociese a alguien de la responsabilidad de Beimler en el DKP. Poco después ambos se encontraron de nuevo en el Albacete de los internacionales y en el Madrid sitiado; el diputado, convertido en comisario político de la XI Brigada Internacional, moriría en la Ciudad Universitaria antes de acabar el año en circunstancias un tanto debatidas.

Parece que el paso por el animado Hotel Colón en ese otoño del 36 y el contacto con el ambiente del PSUC, muy diferente del existente en los locales cenetistas y en la propia calle, no le dejó a Renn mucha huella, pues no menciona al fotógrafo Hans Gutmann, con quien luego coincidiría en México, donde ya se había convertido en Juan Guzmán. Este fotoperiodista, otro comunista expulsado al exilio tras la llegada de los nazis al poder que había recalado en Barcelona en julio de 1936, no sólo retrató a Renn, sino que fue el autor de la famosa fotografía de la jovencísima miliciana que con el máuser al hombro, vestida con mono y mirada desafiante posa en la azotea del Hotel Colón con Barcelona tras ella, y que representa el entusiasmo revolucionario del mo-

mento. Como ha descubierto el periodista Julio García Bilbao<sup>2</sup> en un trabajo de investigación que parece una réplica real de *Soldados de Salamanca*, esta joven comunista de nombre Marina Ginestà se convirtió en la traductora de Mijaíl Koltsov durante el mes de agosto de 1936, unos días después de que Gutmann sacara la fotografía. Según García Bilbao, ese día de finales de julio el fotógrafo alemán realizó otras veinte instantáneas en el Hotel Colón, en una de las cuales aparece Ludwig Renn ataviado con un gorro ruso y el fusil de la joven Marina. Es una afirmación difícil de combinar con el testimonio del escritor, quien señala en su obra con exactitud que su llegada a Barcelona tuvo lugar a principios de octubre. Otra cosa es que Gutmann, como indica García Bilbao, retratase a Renn en otro momento, pues parece que en esos días de octubre también estuvo en el hotel barcelonés donde fotografió al escritor Georges Soria, el corresponsal de *L'Humanité* que luego, con el pseudónimo de Max Rieger, escribiría el libelo contra el POUM *Espionaje en España*.

A su llegada a España, Ludwig Renn —o «Luvirrén», como le llamaban los españoles, según recoge Renn con gracia— era un reconocido escritor que había sido perseguido y encarcelado por el nazismo y obligado a exiliarse, lo que le otorgaba un estatus próximo al de héroe del antifascismo. Además, a este prestigio de luchador se añadía su formación militar profesional y su experiencia como combatiente en la Primera Guerra Mundial, unas capacidades que se revelarán muy útiles en la España de 1936. Y es que la Guerra Civil Española en muchos aspectos estaba más cerca, y no sólo temporalmente, de la Segunda Guerra Mundial que de los combates en que había participado Renn veinte años antes, aunque su magnitud, intensidad y dureza fueran superiores. Era un conflicto de características muy diferentes a las de la Gran Guerra, pues las nuevas tácticas y las nuevas armas que habían aparecido ahora no sólo ya eran una realidad, sino que habían alcanzado un desarrollo gigantesco.



*De izq. a dcha.: Joris Ivens, Ernest Hemingway y Ludwig Renn*

En octubre de 1936, Renn acompañó a Hans Beimler en una visita a sus compatriotas de la Centuria «Thälmann», que estaba con las fuerzas republicanas desplegadas frente a Huesca. Su experiencia se redujo a sólo unos pocos días, aunque fueron suficientes para dar rienda suelta a su preocupación por las cuestiones militares, algo esencial en el pensamiento de Renn, al fin y al cabo un militar profesional. La impresión que saca Renn de las capacidades operativas y de instrucción tanto de las fuerzas republicanas como de las sublevadas no puede ser peor. Rápidamente advierte las deficiencias de formación de unos y otros; la ausencia de profesionalidad y de sofisticación de las fuerzas enfrentadas: no hay reservas, no hay un despliegue táctico adecuado a un conflicto moderno y todo en España se cifra en el heroísmo personal, una reminiscencia del individualismo burgués que causa un enorme número de bajas innecesarias. No es de extrañar que afirme que «en los inicios de toda guerra lo decisivo reside en cuál de los dos contendientes alcanza las cotas organizativas y tácticas más altas». Un convencimiento al que dedicará todos sus esfuerzos durante su estancia en España. Poco después de la visita de Renn al frente de Huesca, la Centuria «Thälmann» se integraría en las Brigadas Internacionales que se estaban creando en Albacete a iniciativa del Komintern, donde se concentraron a lo largo de octubre de 1936 los voluntarios extranjeros, en su mayor parte comunistas.

Mientras tanto, Renn llega a Madrid el 18 de octubre, vía Valencia, en compañía de Gerda Grepp, una periodista de la prensa obrera noruega, y de un misterioso periodista alemán al que se refiere tan sólo como Otto. En la capital se reúnen con Wenceslao Roces, subsecretario de Instrucción Pública, quien les da la bienvenida al «Madrid comunista», una ciudad que presenta como un modelo de orden y organización en oposición a la Barcelona anarquista. Apenas comenta nada más del político comunista español, con quien coincidirá pocos años después en el exilio mexicano. También junto a sus acompañantes, participa en una reunión de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC) que tiene lugar en el Teatro Español. En ella participan, presididos por José Bergamín, los escritores Rafael Dieste, Juan Chabas, Gustav Regler, Louis Aragon y Rafael Alberti. Precisamente el 20 de octubre, tuvo lugar en el Teatro Español la primera representación de unas obras de Nueva Escena, la compañía de teatro de la Alianza, a las que también asisten Renn y Gerda Grepp. De acuerdo con el trabajo realizado por Miguel Cabañas Bravo<sup>8</sup>, buen conocedor del asunto, las piezas teatrales que pudo ver Renn no podían ser otras que *La llave*, de Ramón J. Sender, un drama en un acto sobre la revolución de Asturias; *Al amanecer*, de Rafael Dieste, dedicada a las costumbres de la bur-

guesía; y sobre todo *Los salvadores de España*, de Rafael Alberti, una obra sobre la actualidad española con figurines realizados por el pintor Miguel Prieto, a quien también acompañaban en las tareas artísticas para Nueva Escena Ramón Gaya, Arturo Souto, Eduardo Vicente y Santiago Ontañón, los más destacados representantes de la nueva figuración pictórica de los años treinta junto con Luis Quintanilla y Antonio Rodríguez Luna. De todas formas, y de acuerdo con el testimonio que incluye en *La Guerra Civil Española*, al escritor alemán no le entusiasmaron ni la representación ni la obra del poeta gaditano, que entiende tiene propósitos didácticos y políticos antes que estrictamente teatrales o literarios.

Durante su corta estancia madrileña en esos días de octubre en los que las fuerzas de los sublevados estaban a la vista de la capital, Renn se reunió con Rafael Alberti, al que se refiere como «el poeta revolucionario», y María Teresa León en el palacio de los marqueses de Heredia Spinola, también conocido como Palacio Zabálburu, la neogótica sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, cuyo ambiente, algo enloquecido, recoge en sus páginas. Como el propio Renn, por el palacio de la calle de Marqués del Duero, convertido en una suerte de Chez Alberti-León, desfilaba en esos días gente de todas las procedencias vinculadas con la cultura y el antifascismo. El propio Alberti, en el tomo correspondiente de *La arboleda perdida*<sup>2</sup>, una obra a la que no se le puede exigir mucha precisión histórica ni testimonial, cita entre los que pasaron por la Alianza a Louis Aragon y Elsa Triolet, a Gustav Regler, al periodista y guionista alemán Alfred Kantorowicz, vicecomisario político de la XI B. I. y que más tarde vivió también el exilio mexicano; aunque el poeta gaditano no cita a Renn, a pesar de que se conocían. No se le escapa al escritor alemán el protagonismo que tienen los Alberti-León en el Madrid del otoño del 36, pues se refiere a ellos como una de las parejas más influyentes en esos momentos. No es de extrañar que la presencia de Renn la recogiese *El Mono Azul*, el órgano de la AIDC, en su n.º 9 (22-10-1936), en el que da noticia de su llegada a España en un artículo firmado por el escritor peruano Armando Bazán. Luego, su nombre sería asiduo en las páginas de la revista.

Hay un curioso episodio al que se refiere María Teresa León en su *Memoria de la melancolía*, en el que relata la insólita cena de Nochebuena de 1936 en el Palacio del Pardo, donde se reunieron varios personajes destacados de las Brigadas Internacionales como el general Kléber, húngaro de verdadero nombre Lazar Stern, quien había dirigido la XI B. I. en los difíciles días de principios de noviembre y que no tardaría en desaparecer en una purga; Randolpho Pacciardi, comisario de la XII B. I.;

o Carlos Contreras, «comandante Carlos», alias del triestino Vittorio Vidali, uno de los más destacados agentes de Stalin, fundador del Quinto Regimiento y amante de la fotógrafa mexicana Tina Modotti, que según algunos estuvo relacionado con la desaparición de Andreu Nin. Una celebración a la que no acudió Renn, quien, según nos cuenta, también almorzó junto con Hans Kahle en el Palacio del Pardo, donde estaba establecida la XI B. I., a principios de diciembre, invitados por un desconocido «coronel Vicente» y en un ambiente más militar que político y cultural, que fue en el que casi siempre se movió el militar y escritor alemán durante su estancia en España. Aunque Rafael Alberti no alude en sus memorias al escritor alemán, María Teresa León sí recuerda a Renn con ocasión de su presencia en un congreso de escritores celebrado en el Berlín oriental a finales de los cuarenta, cuando coincide con él y con Kantorowicz y recuerdan los buenos tiempos de España y las Brigadas Internacionales<sup>10</sup>.

Otro personaje destacado del momento con el que se relacionó Renn en esta visita otoñal a Madrid, en este caso del mundo confederal, aunque ya algo alicaído en su actividad, fue Ángel Pestaña, líder del Partido Sindicalista y entonces responsable de la propaganda republicana. También tuvo ocasión de acudir a uno de los cuarteles en los que se instruía a los milicianos, una visión que le confirmó la escasa y deficiente formación de las fuerzas republicanas. Alojado en el hotel Capitol, el moderno faro de Madrid apenas finalizado que domina la Gran Vía, se irritaba al comprobar los gestos de heroísmo individualista que se desataban entre los espectadores de la película *Los marinos de Kronstadt*, que se proyectaba en el cine Capitol, quienes salían enardecidos de entusiasmo revolucionario y valor. Uno de ellos fue el famoso Antonio Coll, el miliciano que, a pesar de las afirmaciones y el escepticismo de Renn, consiguió destruir con granadas de mano dos tanquetas italianas Ansaldo antes de morir.

Poco duró la estancia madrileña de Renn pues, teniendo en cuenta su prestigio como luchador antifascista, su militancia comunista y sobre todo su formación militar y experiencia bélica, fue convocado a Albacete, donde el comunista francés André Marty ultimaba la creación de las dos primeras Brigadas Internacionales, la XI y XII, numeradas en caracteres romanos para distinguirlas del resto de las brigadas mixtas del recién creado Ejército Popular. No es de extrañar que le fuera encomendado el mando del batallón llamado también «Thälmann», formado por voluntarios germanos, uno de los tres que integraban la XII Brigada Internacional, dirigida por el escritor húngaro Matei Zalka, conocido en España como general Lukács.